

# Entre pliegues de ruinas y esperanzas

Viñetas sobre los estudios  
de violencia en el IEPRI\*

**SANTIAGO VILLAVECES IZQUIERDO\*\***

Como nota introductoria quisiera permitirle al lector conocer desde qué lugar le estoy hablando. Las páginas que siguen se nutren de una exploración etnográfica, actualmente en desarrollo, sobre la historia y configuración de la "violentología" como disciplina y su inserción en el panorama nacional contemporáneo. Para abordar el tema se siguieron metodologías etnográficas

que combinan el análisis con entrevistas en profundidad tanto a miembros del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), como a intelectuales externos a él. Mi propia aproximación a estas diversas constelaciones ha estado marcada por una mirada desprevenida y desde fuera.

Indudablemente mi acercamiento progresivo a las múltiples capas que

SANTIAGO VILLAVECES IZQUIERDO Economista y candidato a Doctorado en Antropología, Rice University, Houston, (Texas), Estados Unidos

---

\* Este artículo se nutre del trabajo etnográfico realizado entre 1994 y 1996, el cual contó con la generosa colaboración del United States Institute of Peace, Peace Scholar 1994/95; del Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Small Grant 1994/95; y de Colciencias, 1995/96.

\*\* Agradezco la acogida y facilidades que siempre se me ofrecieron en el IEPRI, al igual que el tiempo y dedicación que cada uno de los entrevistados muy amablemente me dedicó. Agradezco especialmente los valiosísimos comentarios de Gonzalo Sánchez para con una versión previa de este documento.

constituyen la inmensa heterogeneidad y riqueza del IEPRI, a las cuales fui expuesto en detalle gracias al contacto directo con varios de sus miembros, modificó sustancialmente mis apreciaciones iniciales. El reto etnográfico que se planteó fue pues doble: en primer lugar el dar fe de las complejidades que se despliegan al tratar de ver las incidencias que tienen algunos rasgos culturales propios del Instituto con la producción intelectual de sus miembros; y en segundo lugar, el visibilizar los desbalances existentes dentro de esta miríada de heterogeneidades y los peligros que ellos conllevan. Este doble reto me llevó a privilegiar la visión sobre las percepciones, modificaciones y proyecciones del trabajo de los intelectuales en relación con el tema de la violencia, sobre un análisis propio de los textos.

Las viñetas que siguen son pues fruto de esos múltiples y pausados acercamientos y se presentan como formas diferentes de mirar debates, trazos, e interrogantes que están en juego en la producción de referentes académicos sobre las violencias colombianas. No son entonces tipologías o caracterizaciones de los estudios, ni evaluaciones teóricas de ellos, sino más bien reflexiones sobre los diferentes componentes que arman el escenario dentro del cual éstos estudios no sólo son gestados y escritos, sino también puestos en circulación. Creo entonces necesario y urgente preguntarse el para qué y para quién se escribe. Mi sesgo, pues, es el de tratar de visibilizar los desbalances existentes en el tratamiento del tema, y con ello abogar por la necesidad inaplazable de abrirse a un es-

pectro más amplio de perspectivas políticas e interpretativas. Si se quiere, las reflexiones que siguen son una invitación a elaborar una construcción colectiva que redunde no sólo en beneficio del Instituto sino también, y sobre todo, en beneficio de los caminos futuros que nos esperan por abrir.

Sin duda mi acercamiento personal a varios de los miembros del Instituto generó no sólo un profundo agradecimiento y consideración, sino simpatías y afectos que el tiempo ha madurado. Este doble vínculo, etnográfico y afectivo, es ambiguo en su propia naturaleza y en ocasiones difícil de balancear, en especial cuando se trata de un tema tan complejo como las violencias colombianas, las cuales exigen siempre un posicionamiento previo por parte del que las piensa o las escribe. Sólo me queda pedirle al lector que me dispense mi propio desbalance mediante su entender de que la crudeza de la crítica en ningún momento repercute sobre mi admiración y respeto por aquellos que me permitieron conocer su trabajo, sus angustias y sus esperanzas.

El ensayo se divide en dos partes, la primera presenta tres series, cada una con sus propias estampas, a lo largo de las cuales se pretende proveer al lector de elementos suficientes para que perciba las múltiples fuerzas que cruzan tanto la producción de estudios sobre violencia como la complejidad propia del IEPRI. La primera serie de estampas (Reurrencias, Intersecciones, Tiranía) intenta mostrar tres dimensiones diferentes del cruce de caminos en el cual se sitúa hoy en día la producción intelectual alrededor de temas de

# el rincón de la engogamia



*"Un Autre Icare". Grandville. 1844*

violencia: la tensión entre crítica y *expertise* y su resolución en las tendencias que han tomado los estudios, el agotamiento temático que muchos reclaman, y la tiranía semántica que el mismo término encierra. La segunda

serie (Fisionomía, Visiones Confrontadas, Atisbos y Encrucijadas) pretende, por un lado, introducir diferentes rasgos que se entretajan para producir una cultura interna, propia del IEPRI; y por el otro, insinuar las incidencias

que estos rasgos tienen sobre la propia producción y posicionamiento del intelectual frente al tema de la violencia. Finalmente, en la tercera serie de estampas (Memoria y narración, Visiones Congeladas) se presenta un balance global de los estudios a la luz de su incidencia tanto en la construcción de relatos y memorias sobre la realidad, como en la construcción de invisibilidad y ausencias.

La segunda parte retoma las apreciaciones que se vienen tejiendo a lo largo de las estampas con el propósito, por un lado, de alertar sobre los peligros, ya latentes, de un desbalance tanto en el posicionamiento del intelectual frente al Estado y sus efectos sobre el estudio de las violencias colombianas, como sobre la perpetuación de la metanarrativa sobre la violencia que hasta hoy se ha consolidado en el país, y por el otro, de la posibilidad de abrir espacios para que emerjan nuevas contra-narrativas que asuman, de manera más consciente, la inmensa responsabilidad que significa pensar y escribir sobre violencia en Colombia desde un espacio que se ha constituido, a lo largo de sus diez años de existencia, en el lugar más privilegiado y visible en la producción de referentes sobre el tema.

## ESTAMPAS



### RECURRENCIAS

Desde la introducción del vocablo "Intelectual" en el *Manifeste des intellectuels* aparecido el siglo pasado a raíz de la condena del capitán Albert Dreyfus, ha existido una tensión entre el intelectual como crítico social y el intelectual como experto y, según lo recuerda Kramer<sup>1</sup>, esta tensión se ha mantenido desde entonces como eje central en la definición de la ambigüedad propia de cualquier intelectual moderno. Tensión que, siguiendo a Foucault, se sitúa en el sueño del intelectual de unir el poder con el conocimiento, es decir, en mantener las acrobacias necesarias que le permitan desplazarse entre esta doble alianza, por supuesto con el riesgo siempre latente de perder el equilibrio y, con éste, su propia autonomía (para una aproximación al tema del poder en los discursos de violencia véase Palacio<sup>2</sup>; para un análisis puntual sobre los riesgos de esta doble alianza véase Horowitz<sup>3</sup>).

Sin embargo, los avatares propios de nuestra historia mestiza han hecho que la mayoría de los intelectuales colombianos se hayan sesgado por la

<sup>1</sup> Lloyd Kramer, "Habermas, Foucault, and the Legacy of Enlightenment Intellectuals", en Leon Fink, et al. Eds., *Intellectuals and Public Life. Between radicalism and reform*, Cornell University Press, Ithaca, New York, 1996.

<sup>2</sup> Germán Palacio, Compilador, *La Irrupción del Paraestado. Ensayos sobre la crisis colombiana*, ILSA, CEREC, Bogotá, 1990.

<sup>3</sup> Irving L. Horowitz, "Conflict and Consensus Between Social Scientists and Policy-Makers", en Irving L. Horowitz, *The Use and abuse of Social Science*, Rutgers University, New Brunswick, NJ, 1975.

cultura de la *experticia* (para una perspectiva histórica véase Uricoechea<sup>4</sup>), creando así una tradición acrítica de cuyas redes ni los propios estudios sobre violencia han escapado. En un balance sobre la historiografía de estos Gonzalo Sánchez anota:

Los desarrollos recientes del tema han sido muy desiguales y algunos de sus trazos más generales y evidentes podrían formularse de la siguiente manera: en primer lugar, el interés sobre los años cincuenta disminuyó comparativamente de ritmo y desencadenó, por el contrario, un *boom* periodístico y testimonial sobre la última etapa de las violencias, con diferentes formas de eficacia e intencionalidad política. A veces con abierto propósito de exaltación de alguno de los actores colectivos o institucionales del proceso; otras con una intención clara y necesaria de denuncia de las atrocidades de las partes encontradas; y otras más con el objetivo menos noble de promoción personal de sus autores. En general el carácter masivo, desordenado y frecuentemente acrítico con que ha entrado en circulación puede estar contribuyendo más que a una mayor comprensión global del fenómeno, a una cierta confusión<sup>5</sup>.

Sin duda, una confusión que se refleja no sólo en la producción literaria /académica sobre el tema sino que también se alimenta de los efectos de ese desbalance inicial. Quizás hoy en día se pueda afirmar que la absorción incremental de los intelectuales hacia

culturas de *experticia* ha contribuido tanto a borrar las ya difusas fronteras entre el Estado y la academia, como a que el establecimiento, al no verse confrontado, pierda capacidad de renovación creativa. Quizás también se pueda afirmar que el riesgo más grande de este desplazamiento es el de reforzar la idea de que el mandarín es el sucesor lógico del intelectual, y con ellos profundizar aún más el distanciamiento entre el experto y el crítico social. "Pure products go crazy" decía el historiador James Clifford en los ochenta refiriéndose a lo que algunos han llamado la condición postmoderna (Lyotard) o las culturas híbridas (Canclini). Sin duda no se trata aquí de volver al mítico pasado ni tampoco de mitificar lo que se ve como inevitable en el futuro, sino más bien de prevenir sobre los inmensos riesgos, algunos ya visibles, del mandarín de la violencia:

El intelectual va cayendo en esa óptica del administrador público, en esa especie de psicología del administrador público que es la siguiente: todo administrador público tiene la obligación de ser optimista frente a lo que está haciendo en el gobierno porque no puede ser un crítico del gobierno con el cual está trabajando, ni un crítico de sí mismo, ni un cuestionador de los principios y de la ejecución de esos principios porque es que la política en términos de administración no es precisamente eso<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Fernando Uricoechea, "Los Intelectuales Colombianos: Pasado y Presente", en *Análisis Político*, No. 11, IEPRI, Bogotá, Sep. / Dic. 1990.

<sup>5</sup> Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, Compiladores, *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*, IEPRI, CEREC, Bogotá, 1995, p. 11-12.

<sup>6</sup> Entrevista a William Ramírez, IEPRI.

La percepción dominante entre investigadores dedicados al tema de violencia es la de acusar su agotamiento y abogar por un cambio de paradigma que necesariamente se repliega en un movimiento radical hacia lo propositivo:

... la violencia se explica por la fragilidad del Estado... quienes se dedican a mirar el país en profundidad y con cuidado y ver el curso de los conflictos del país, pues no lo pueden hacer sino para contribuir a la consolidación del Estado, la única alternativa a eso sería concebir intelectuales que estén acompañando a la insurgencia para mirar los problemas de orden público del país...yo creo que en Colombia la situación nos colocó en el papel de ser intelectuales orgánicos del Estado.

Una posición sin duda acorde con la nueva retórica institucional sobre el tema y que responde a las inquietudes oficiales concisamente expresadas por Armando Montenegro, en calidad de director de Planeación Nacional durante la administración Gaviria:

¿Por qué los pensadores se concentran en estudiar ciertos asuntos que, aunque relevantes, son menos importantes para el país?... en el caso de la violencia se debe aceptar que una parte de la respuesta con-

siste en que por muchos años no existió una demanda, una exigencia institucional para estudiar este tema en forma masiva; en alguna medida porque los civiles no tenían una gran injerencia en este asunto, el cual se consideraba de competencia exclusiva de los militares. Por fortuna esto ha cambiado aceleradamente en los últimos años<sup>67</sup>.

Este nuevo mecenazgo del Estado, siguiendo las reflexiones de Uliasi<sup>68</sup>, armoniza con visiones dentro de la tradición académica que consideran a la universidad como una institución que debe proveer de servicios a la comunidad, o por lo menos a los sectores de la comunidad que pueden pagar por ellos; pero a la vez este mecenazgo choca con posiciones de nuevas generaciones de investigadores que consideran como no negociable su autonomía y su posicionamiento crítico frente al establecimiento. Pero los efectos del mecenazgo trascienden más allá del propio núcleo académico en la medida en que impulsan, por un lado, la consolidación de perspectivas tecnocráticas que, como lo anota Uliasi, "asumen visiones estrechas sobre lo que las ciencias sociales pueden ofrecer y más aún, frecuentemente ignoran el hecho de que el uso, desuso o manipulación

<sup>67</sup> Entrevista a Alejandro Reyes, IEPRI.

<sup>68</sup> Armando Montenegro, "Presentación", en Malcolm Deas y Fernando Gaitán, *Dos Ensayos Especulativos sobre la Violencia en Colombia*, Bogotá, Fonade, DNP, 1995.

<sup>69</sup> Pio D. Uliasi, "The Prince's Counselors. Notes on government sponsored research on international and Foreign Affairs", en Irving L. Horowitz, *The Use and Abuse of Social Science*, Rutgers University, New Brunswick, NJ, 1975.

de la investigación social hace parte de procesos políticos mucho más amplios<sup>10</sup>; mientras que, por el otro lado, mantienen el estancamiento académico al ofrecerle a sus conversos un sentimiento de protección que se acrecienta gracias a la fragilidad misma de la academia colombiana. Nuevamente aparece como recurrente el tema de la imposibilidad de sostener el balance entre el criticismo y la conformidad, o entre lo contestatario y la experiencia. Sin duda, en unos espacios intelectuales tan pequeños y frágiles como los colombianos es mucho más fácil ser un experto que un crítico, ya que el experto se puede alinear más fácilmente con los poderes que el crítico necesariamente confronta. Y nuevamente aparece como recurrente el inmenso peligro que este desbalance genera: el predominio de un intelectual burocratizado, con mentalidad de funcionario público, de mandarín.

Los funcionarios tienen un impacto sobre el intelectual en la medida en que los primeros lo que quieren son medidas, entonces la mentalidad del intelectual se burocratiza ya que su angustia es que su discurso sea ejecutable políticamente. El Estado entonces cobra intelectualidad pero la intelectualidad pierde su función crítica<sup>11</sup>.

Siguiendo los planteamientos sobre la intelectualidad colombiana esbo-

zados por Uricoechea<sup>12</sup>, y buscando localizar la creación y evolución del IEPRI bajo esa perspectiva histórica, el desbalance entre crítica y *experticia* junto con su resolución a favor de perspectivas instrumentales en torno a la negociación de conflictos puede explicarse, tanto por los vínculos que el Instituto estableció desde su inicio con el Estado, como por la sensación de protección que este último le aporta al primero. En efecto, los vínculos con el Estado han propiciado tanto la concentración en estudios sobre violencia política a costa de la invisibilización de las otras violencias, como el repliegue de la producción intelectual hacia los procesos desarrollados exclusivamente entre el Estado y aquellos actores que se reconocen como actores en conflicto. Por su lado, el sentimiento de protección desarrollado ha facilitado el reconocimiento del intelectual tanto en las esferas sociales nacionales, como en los círculos internacionales en los cuales las perspectivas instrumentales tienen un entronque más expedito y suave que el que puedan tener las perspectivas críticas.

La evolución de este doble vínculo con el Estado no sólo tiene efectos sobre la viabilidad del intelectual colombiano sino impactos culturales profundos.

<sup>10</sup> Ibidem, p. 291.

<sup>11</sup> Entrevista a Eduardo Pizarro, IEPRI.

<sup>12</sup> Op. cit.

Yo creo que al final hubo cooptación por parte del Estado; nos hemos ido convirtiendo en intelectuales muy pragmáticos, en muchos casos nuestra preocupación central es proponer fórmulas. El efecto negativo que ha tenido este proceso yo creo que ha sido un debilitamiento de la academia e insisto en que va a tener un impacto cultural negativo para el país en los próximos años. Yo hace unos años pensé que iba a ser positivo para el país así fuera negativo para la academia; hoy en día pienso que va a ser negativo para el país y para la academia. Uno hoy en día busca influir en los procesos políticos y no en la construcción cultural, a veces nuestra preocupación es mucho más cómo influimos sobre la Procuraduría, cómo influimos sobre el Congreso, cómo influimos sobre los partidos, y no cómo influimos sobre la cultura. Entonces nuestro pragmatismo nos lleva a influir sobre el proceso de toma de decisiones y nuestra ausencia de postura crítica no nos lleva al proceso de la cultura misma. Yo sí creo que hay un empobrecimiento, y de eso sí somos un poco cautivos, de ese pragmatismo tan acentuado<sup>13</sup>.

Creo útil en este momento resaltar lo que dice Kramer sobre la necesidad de mantener el balance entre crítica y experticia:

A pesar de todas las ambigüedades y hostilidades que rodean la función de los intelectuales en nuestra sociedad, podemos asumir con seguridad que el extender los límites de la experticia será de poco o nulo valor social

si no extendemos también los límites del reto de los críticos para con el poder y las verdades reinantes<sup>14</sup>.

## INTERSECCIONES

En momentos en que existe una percepción compartida acerca del agotamiento del tema de la violencia como objeto de estudio, vale la pena detenerse un poco y ubicar los lugares en donde este agotamiento se sitúa. ¿Es un lugar común o son más bien lugares dispersos unidos únicamente por un aparente consenso? ¿Cómo se insertan estas percepciones dentro de un contexto político, social, cultural e intelectual más amplio? El tratar de abordar estas preguntas nos remota a un mapa de intersecciones complejas en donde se entremezclan la crisis política actual; la historia, crisis y fragilidad de la intelectualidad colombiana; las pasiones y convicciones personales; las incidencias de las narrativas de violencia producidas en la academia sobre la configuración de una memoria colectiva. En suma, un cruce de caminos que traza no solamente diferentes rumbos a seguir, sino las profundidades de un *impasse* que invita a replantear los rumbos ya escogidos y quizás a abrirse hacia las posibilidades de unos hasta ahora apenas esbozados. Está en juego pues no solamente un proyecto académico e intelectual

<sup>(13)</sup> Entrevista a E. Pizarro.

<sup>(14)</sup> Lloyd Kramer, op. cit., p. 50.

sino quizás también un proyecto de futuro. ¿Dónde entonces se localiza el agotamiento?

## Hacia la perfección del proyecto enciclopédico

En los anaqueles de la imaginación enciclopédica los estudios de violencia colombiana ya han sobrepasado su primer cometido: la violencia en Colombia está sobrediagnosticada, dicen muchos, su comprensión temática está agotada, es hora de moverse hacia el ámbito concreto de lo propositivo.

Es cierto que los llamados 'violentólogos' han avanzado en explorar los orígenes, la naturaleza, las modalidades y la geografía del conflicto, lo que significa, por supuesto, avances considerables desde el punto de vista de la comprensión del fenómeno de la violencia pero no es menos cierto que los análisis sobre la negociación como tal no guardan correspondencia con los logros de las investigaciones sobre la violencia, y antes bien la 'violentología' pareciera agotar la utilidad de su estudio tan pronto entra en el esquivo terreno de las propuestas de solución<sup>15</sup>.

La imaginación instrumental, como culminación de la imaginación enciclopédica, se presenta pues como el faro que encauzará la confusión primigenia del diagnóstico mediante la profundización de estudios coyunturales que o bien sirvan como mercancías com-

petitivas en el mercado de formulación de políticas puntuales, o bien sirvan como referentes de bolsillo para aquellos encargados del diseño de estrategias para la negociación de conflictos. El intelectual debe quizás parecerse más al mandarín, por ello la necesidad de reformular, según palabras de Bejarano, el nuevo cuadro de preguntas:

[las explicaciones académicas] llenan de detalles el cuadro del conflicto, sin que, por otra parte, ello parezca contribuir a alterar los contenidos fundamentales del paisaje mismo, esto es, el marco de soluciones posibles y mucho menos a especificar el cuadro de objetivos y procedimientos de una eventual negociación. Pareciera, pues, que el paradigma que informa la 'violentología' (que por otra parte se reduce, y no es una caricatura, a una definición perogrullesca, esto es el estudio de las manifestaciones, causas y consecuencias de la violencia) está llegando a su agotamiento y se requiere por tanto un nuevo cuadro de preguntas... que pudieran ser el puente entre la plétora de investigaciones sobre la violencia y el campo baldío de las investigaciones para la paz<sup>16</sup>.

## Corporalidad y Fossilización

Así las cosas, la perfección del proyecto enciclopédico hace indispensable la transmutación de las posibilidades que las ciencias sociales pueden ofrecer para el análisis del tema, en enfoques

<sup>(15)</sup> Jesús Antonio Bejarano, *Una Agenda para la Paz. Aproximaciones desde la teoría de la resolución de conflictos*, Bogotá, Tercer Mundo, 1995, p. 7.

<sup>(16)</sup> Ibid. p. 10

que pierden de perspectiva la complejidad, difusión, descentramiento e itinerancia de las múltiples violencias que, entremezcladas, cruzan la cotidianidad colombiana. Sin duda, una manera facilista de borrarle a esta complejidad está marcada por el entusiasmo súbito de darle predominancia a perspectivas tecnocráticas que en ocasiones rayan con los límites aberrantes del deseo desenfrenado de pretender consumir la realidad y, por si ello fuese poco, perspectivas que ahondan, con los velos de servir de base para la formulación de políticas, la conversión de la violencia en objeto de estudio en sí mismo<sup>17</sup>. Hoy en día parece ser que la fascinación inicial del descubrimiento del tema, vivida hace casi una década por los “violentólogos”, se trasladó al Estado. Lo preocupante de ello es que con este traslado también se fueron las afiliaciones y afectos de muchos de los “violentólogos”. Es ilusorio pensar que el tema ya dejó de ser algo corpóreo y fácilmente fosilizable; quizás la sentencia que sigue sirva para prevenir los riesgos que corre la resolución de conflictos, esa nueva disciplina que se levanta de las cenizas y tragedias de la llamada “violentología” y que quizás lo que la aparta de ella sea su denominación y su ubicación en círculos de poder:

Descubrir el tema de la violencia en el país fue como descubrir una nueva disciplina, un nuevo campo del conocimiento, entonces la violencia comienza a tomar cierto carácter corpóreo, todo el mundo quiere rodearla, quiere atraparla, quiere disecarla y ahí vuelve otra vez esa imagen de la anatomía de la violencia. Se convierte ahí mismo en monstruo, en ser misterioso, en ser seductor<sup>18</sup>.

### Aperturas

En el *impasse* del agotamiento temático han surgido, casi que a la manera de contra-narrativas opuestas a las percepciones anteriores, planteamientos alternos que se distancian del proyecto enciclopédico mediante la ubicación del agotamiento en la perspectiva misma con que se han abordado los estudios de violencia en Colombia durante los últimos diez años: está agotado el tema de la violencia si consideramos la violencia como objeto de estudio en sí mismo; está agotado el tema en la medida en que las propuestas de los actores en conflicto están agotadas.

Estas contranarrativas, que hasta ahora están emergiendo en el panorama académico, exigen cambios radicales tanto en la actitud propia del intelectual como en su misma producción. Del intelectual exigen el hacer visible y explícito su propio posicionamiento

<sup>(17)</sup> Véase por ejemplo el estudio de Gaitán en Malcolm Deas y Fernando Gaitán, *Dos Ensayos especulativos sobre la Violencia en Colombia*, Bogotá, Fonade, DNP, 1995.

<sup>(18)</sup> Entrevista a Gonzalo Sánchez.

con respecto al objeto de estudio; es decir, siguiendo a Haraway<sup>19</sup>, un compromiso en lograr un conocimiento situado y posicionado cuyas imágenes no son producto de miradas globales, propias del panóptico, sino un conjunto de miradas parciales y voces vacilantes que se unen formando una posición de sujeto colectivo, que se mueve y actúa dentro de los límites y contradicciones propias del "estar hablando desde algún lado". El estudio de la violencia se convierte entonces en un problema no académico sino claramente político –entendiendo lo político como algo mucho más amplio que lo meramente institucional–, y el intelectual en un "activista circunstancial"<sup>20</sup> interesado en construir conocimientos parciales pero estratégicos, en visibilizar posiciones y en asumir explícitamente agendas políticas concretas que surgen al plantearse la pregunta sobre las violencias invisibilizadas, y la necesidad de resignificar el tema como aspecto fundamental para una construcción democrática.

Así las cosas, hoy podría hablarse más bien de una necesidad de reinstalar el tema y de empezar a buscar bajo nuevas formas de representación la construcción de nuevos relatos que articulen lo que hasta ahora ha estado

invisibilizado. ¿Cuál es el costo para el individuo y para la sociedad cuando no existen marcos de trabajo significativos para explorar públicamente las memorias traumáticas de la violencia política o la existencia de violencias múltiples, descentradas e itinerantes?<sup>21</sup> Estas preguntas invitan pues a dirigir nuestra mirada hacia las manifestaciones y formaciones culturales en que la violencia se recrea, se transforma, se reinterpreta, se exorciza.

## TIRANÍA

Replicando el aparente consenso sobre el agotamiento temático de la violencia colombiana se percibe un consenso en torno a la tiranía semántica del término, fruto de una separación aguda entre significado yificante. La violencia ha seguido el camino del garabato esbozado por Octavio Paz:

En todas las civilizaciones el signo es el depositario del sentido pero a veces y en ciertos períodos se produce una suerte de evaporación de los significados. La historia es un cementerio de signos vacíos. En nuestro tiempo, lo mismo en la esfera de la literatura y el arte que en las de la moral, la política y el erotismo, asistimos no tanto a un desvanecimiento de los signos como a su transformación en garabatos: signos cuyo senti-

<sup>(19)</sup> Donna Haraway, "Situated Knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective", en *Feminist Studies* 14, No. 3, Fall 1988.

<sup>(20)</sup> George E. Marcus, "Ethnography in / of the World System: The emergence of multi-sited ethnography" ms. 1995.

<sup>(21)</sup> Véase por ejemplo Mark J. Osiel, "Ever Again: Legal Remembrance of Administrative Massacre", en *University of Pennsylvania Law Review*, Vol. 144, No. 2, Diciembre 1995.

do es indescifrable o más exactamente, intraducible. Entre el signo y el garabato se despliegan las artes y letras de nuestros días<sup>22</sup>.

Sin duda la necesidad de “desgarabatar” la violencia es compartida, no obstante su reconocimiento apunta hacia caminos divergentes.

### **Tiranía por excesos**

El apuntalamiento de la imaginación instrumental en los estudios sobre violencia ubica la tiranía en un exceso de significado, de manera que se hace necesaria la acotación del término de manera que éste pueda movilizar mapas de significado breves y eficientes, que sienten las bases para la construcción de un lenguaje común ya sea en los procesos de resolución de conflictos, o en los estudios coyunturales y en sus propuestas para la formulación de políticas puntuales. Tal como lo reconoce Bejarano citando para ello a Chatelet,

esta noción (violencia) –escribe Chatelet– es ahora ocasión de exceso verbal tan confusamente impetuoso que hay que preguntarse si no habrán sido alteradas las cartas desde el comienzo... Tal exceso en el lenguaje de uso común es sin duda justificadamente expresivo, pero mal se puede fundar sobre tales ambigüedades la elaboración de una teoría de la violencia y menos derivar de ellas una teoría sobre la construcción de la paz<sup>23</sup>.

### **Tiranía por faltantes**

Bajo el amparo de las contra-narrativas emergentes el reconocimiento de la tiranía semántica se percibe en la consolidación de un lenguaje que invisibiliza la polisemia del término no sólo en sus connotaciones etimológicas (para una ampliación de la etimología del término véase Williams<sup>24</sup>, sino en los referentes de la realidad a los cuales éste hace alusión:

A veces con el término de La Violencia se pretende simplemente describir o sugerir la inusitada dosis de barbarie que asumió la contienda; otras veces se apunta al conjunto no coherente de procesos que la caracterizan; esa mezcla de anarquía, de insurgencia campesina y de terror oficial en la cual sería inútil tratar de establecer cuál de sus componentes juega el papel dominante; y, finalmente, en la mayoría de los casos, en el lenguaje oficial, el vocablo cumple una función ideológica particular: ocultar el contenido social o los efectos de clase de la crisis política. En realidad, cualquier estudio de la Violencia, debería comenzar con una reconstrucción de la genealogía y de las implicaciones de sus múltiples significaciones<sup>25</sup>.

### **Lenguaje y sociedad**

La violencia es ese significante que lo dice todo escondiéndolo todo, esa es la gran trampa, para nosotros es una narración

<sup>(22)</sup> Octavio Paz, *El signo y el Garabato*, Seix Barral, Barcelona, 1991.

<sup>(23)</sup> Bejarano, op. cit. p. 11.

<sup>(24)</sup> Raymond Williams, *Keywords. A vocabulary of culture and society*, Oxford Press, New York, 1976.

<sup>(25)</sup> Sánchez y Peñaranda, op. cit. p. 22.

histórica colectiva absolutamente clara, es una narración cotidiana, pero para mucha gente la violencia es la vida diaria<sup>26</sup>.

En cualquier contexto las definiciones que se articulan a través del lenguaje van cargadas de consecuencias mucho más amplias que aquellas expuestas en las iteraciones. Cualquier término o concepto moviliza, implícita o explícitamente, argumentos políticos en medio de los cuales se entrecruzan una serie de inclusiones y exclusiones, de potencialidades y de obstáculos, que forman en sí mismos una matriz compleja de articulaciones con las prácticas sociales. Así las cosas, cabe entonces preguntarse por las prácticas sociales que están siendo articuladas por los estudios sobre violencia. Sin duda, una pregunta difícil que requiere de una reflexión profunda, pero por lo pronto permítaseme sólo insinuar que los estudios han contribuido a socializar un lenguaje que invisibiliza el sufrimiento de las víctimas haciendo todavía más difícil la construcción de un lenguaje que transforme esas experiencias en algo inteligible para los ámbitos de poder<sup>27</sup>.

## II

### FISIONOMÍA

Es imposible escindir la producción intelectual de las características de los es-

pacios en los cuales ésta es producida. Los estudios sobre violencia responden a una fisionomía particular del IEPRI que se ha moldeado, entre otras razones, por los vínculos históricos de la intelectualidad con el establecimiento, los cuales, como lo sugiere Uricechea<sup>28</sup>, han perpetuado la fragilidad de los primeros frente a los requerimientos y demandas del segundo; y por otro lado, por las incidencias que la época de La Violencia tuvo sobre la configuración de centros académicos en las décadas subsecuentes.

### Legados del mundo real

Es bastante sugestivo insinuar que el legado de la época de La Violencia sobre la academia colombiana fue su incidencia en el aislamiento intelectual frente al debate latinoamericano:

En el siglo XX las comunidades intelectuales colombianas han sido muy débiles y en parte La Violencia es responsable de eso, digamos que La Violencia es un factor disgregador de las comunidades. La Violencia nos ensimismó, nos introvirtió tenazmente, entre otras cosas porque es que la violencia mata gente, pero también mata centros, mata ideas, mata desarrollos intelectuales, mata tradiciones. Entonces mientras que de los 40 a los 70 se están construyendo los grandes centros latinoamericanos, aquí todo está deshecho, es un período casi muerto

<sup>(26)</sup> Entrevista a Carlos Mario Perea, IEPRI.

<sup>(27)</sup> Para un análisis sobre los efectos de la invisibilización en víctimas de desastres véase Veena Das, "Moral Orientations to Suffering: Legitimation, Power and Healing", ms., 1993.

<sup>(28)</sup> Op. cit., 1990.



*"Le Philosophe". Scene de la vie privée et publique des animaux. Grandville. 1842*

intelectualmente y ese precio lo pagamos como una ausencia en el debate latinoamericano de los 60 y 70. Hoy tenemos figuras intelectuales reconocidas pero seguimos siendo un país muy metido acá, yo creo que La Violencia es en gran medida responsable de eso y a lo mejor los violentólogos también<sup>29</sup>.

Quizás también podría ser provocador insinuar que las experiencias personales de La Violencia de quienes hoy la piensan y la escriben, tienen incidencias profundas tanto en la configuración de interrogantes que se quieren abordar, como en los exorcismos que se esperan alcanzar.

<sup>(29)</sup> Entrevista a G. Sánchez.

## Rasgos del espacio académico

Hay tres rasgos que están profundamente concatenados con la consolidación de espacios de reflexión académica en áreas de las ciencias sociales –quizás a excepción del derecho y la economía–: en primer lugar la fragilidad de estos espacios repercute sobre las vicisitudes a las que se ve constantemente enfrentado el intelectual:

Mantener un enfoque intelectual y tratar de influir como intelectuales, eso tiene un problema que es muy complicado y es que en Colombia los intelectuales tienen pocos medios. Entonces uno tiene dos opciones: o ganar influencia como actor político ingresando al Estado, con todos los riesgos que ello implica, o la otra opción es la prensa, pero Colombia tiene un nivel de lectura bajísimo. Es muy costoso escribir en la prensa, es muy costoso ser consejero del príncipe pero, ¿realmente hay otras opciones?<sup>(50)</sup>

En segundo lugar, la marginalidad a la que el intelectual es sometido por las élites del país hace que su reconocimiento y prestigio social sean mínimos, hasta el punto muchas veces de ser considerado o bien un desadaptado o simple y llanamente un fracasado, un profesional de segunda categoría:

Yo creo que la cooptación como consejeros del príncipe puede ser por argumentos menos heroicos que los que la gente esboza comúnmente, la gente se va es por salarios, por poder, porque ser consejero presidencial da prestigio social, porque está mamado del

desprecio de la élite colombiana hacia el intelectual, porque finalmente el intelectual y el artista son unos fracasados. Finalmente la única opción es la cooptación frente a la élite para que en los resquicios le dejen influir un poco y proyectarse<sup>(51)</sup>.

Y es que exactamente al tener conciencia de esa marginalidad, estas capas intelectuales que de repente son reconocidas inmediatamente tambalean ideológicamente, entonces ante ese primer halago, ese primer reconocimiento, olvidan su pasado, se les olvidan sus compromisos con la academia, entonces se meten en un proceso legitimador de una corporación<sup>(52)</sup>.

Finalmente, el parroquialismo del intelectual colombiano hace que éste se aísle de las corrientes de pensamiento contemporáneas con la doble repercusión, por un lado, de tener una mínima exposición a los cambios en perspectiva que, antes de ser meras elaboraciones abstractas, responden a cambios globales que inciden, de variadas y múltiples maneras, sobre las realidades políticas, sociales, culturales y económicas locales; y por el otro lado, de cerrarle las posibilidades al intelectual de circular en espacios de debate internacionales.

## Simbiosis

Estos rasgos fisionómicos de la academia dan como fruto la configuración de comunidades intelectuales, reducidas, en las que la renovación teórica es

<sup>(50)</sup> Entrevista a E. Pizarro.

<sup>(51)</sup> Ibidem, E. Pizarro.

<sup>(52)</sup> Entrevista a G. Sánchez.

mínima, el anquilosamiento se potencializa y se corre el riesgo de sólo ser capaz de oírse a sí mismo. Lo anterior por un lado exagera el sentimiento de agotamiento y lo resuelve, tanto en el énfasis hasta el cansancio sobre el tema, como en el fraccionamiento de intereses:

Las personas ya tienen intereses distintos, el papel de los individuos en organizaciones tan pequeñas es muy importante, los intereses, los caprichos, las aficiones; hay otro fenómeno que es indiscutible, que es un rasgo colombiano muy peculiar, y es que nunca ha habido por parte del Estado una actitud de protegerse de los intelectuales y de llevarlos al ostracismo, siempre nos dan empleo, entonces hay procesos de cooptación ahí muy fuertes y permanentes<sup>53</sup>.

Por otro lado, la fisionomía de la academia contribuye a la consolidación de una metanarrativa sobre la violencia, alimentada por un lenguaje excluyente y circular, mediante el cual se establece una especie de Atlas que limita no sólo el cómo se debe ver el problema, sino también cuáles trazos contribuyen a la prolongación de su cartografía y cuáles, por lo tanto, deben dejarse por fuera en tierra incógnita. Es dicente la inexistencia de vasos comunicantes y de circuitos de intersección entre esta metanarrativa y los intentos

de acercarse a la violencia desde otros lugares<sup>54</sup>.

### Tensiones

Insertada en el corazón de la tensión existente entre la opción crítica y la *experticia*, está la pregunta sobre la autonomía del intelectual. Los discursos que legitiman la hegemonía de la *experticia* sobre la crítica entienden el paso de la posición contestataria de los setenta y ochenta de los intelectuales a la posición conciliadora de los ochenta y noventa como una redefinición del concepto de autonomía:

El concepto de autonomía lo vivíamos como un aislamiento, la torre de marfil para decirlo en términos tradicionales, entonces nosotros estamos aquí y no nos contaminamos, y tenemos una mirada privilegiada de todos los procesos. Comenzamos a entender que la autonomía estaba en la interacción, entonces la fortaleza de la autonomía no residía en el grado de aislamiento sino en la capacidad de incidencia que la universidad con su trabajo pudiera tener sobre la conducción del conjunto de la sociedad. Entonces la autonomía comenzamos a verla como un vínculo, no como un aislamiento<sup>55</sup>.

Esta definición permite remitirse nuevamente al *impasse* en que están los

---

<sup>(53)</sup> Entrevista a Alvaro Camacho, IEPRI.

<sup>(54)</sup> Sobre las preguntas que se plantean desde el arte en relación con la violencia contemporánea en Colombia véase Santiago Villaveces, "Art and Mediation: Reflections on violence and representation", en George E. Marcus, Edic., *Cultural Producers in Perilous States*, Volumen 4, Late Editions Series, The University of Chicago Press, Chicago, 1996.

<sup>(55)</sup> Entrevista a Jaime Zuluaga.

estudios de violencia en la actualidad, ya que simultáneamente puede estar apuntando hacia dos lugares distintos: tanto hacia la legitimización y necesidad de profundización de los vínculos de colaboración con el Estado, como hacia la necesidad urgente de plantearse las heterogeneidades propias del Estado como objeto de estudio.

“La esfera pública en el ámbito político evolucionó de la esfera pública en el mundo de las letras” escribió Habermas<sup>36</sup>. A su entender el logro fundamental de esa nueva clase (los intelectuales) que emerge en el siglo XVIII, es el reto a la autoridad mediante la razón, posición que requería de una autonomía e independencia que hicieran viable el proyecto del intelectual como crítico social. Hoy en día quizás habría que matizar esa apreciación mediante la urgencia de crear vínculos concretos, con sujetos de carne y hueso, a través de los cuales sea viable el proyecto de construcción de sujetos colectivos. La autonomía radicaría más en la capacidad de perfilarse como “activista circunstancial”. Posición por lo demás necesaria para permitir tanto una verdadera reinstalación y resignificación del tema de la violencia, como una disposición para enfrentar las ausencias recurrentes en los estudios:

En general en Colombia los intelectuales han ido siempre como a la zaga de echarle oxígeno a los actores puestos en la escena

pública, nunca los intelectuales en este país hemos tenido autonomía y eso ha impedido que nosotros logremos crear fuertes vínculos de otra naturaleza, vínculos diferentes a los del intelectual que siempre es militante, sea de la causa que sea<sup>37</sup>.

## VISIONES CONFRONTADAS

Como es de esperarse, dentro del Instituto existen diversos posicionamientos frente a la complejidad de la realidad estudiada; no es el ánimo de esta sección entrar a disertar sobre ellos, sino más bien resaltar que este posicionamiento es determinante en la definición del rol que el intelectual cumple al producir estudios sobre violencia y, más aún, determinante para poder dar respuesta a la a veces esquivada pregunta de ¿para qué y para quién son los estudios? Sin duda las diversas respuestas nos remiten nuevamente a las tensiones entre *experticia* y crítica, y a los matices que entre una y otra se presentan al interior del grupo.

### 1. Orgánico

Yo creo que en Colombia la situación nos colocó en el papel de ser intelectuales orgánicos del Estado porque el Estado, a la vez que es el problema, es también la solución del problema de la violencia. La misión histórica de los intelectuales es contribuir a la construcción del Estado y a su fortalecimiento. (A. Reyes).

<sup>(36)</sup> Jürgen Habermas, [1962] *The Structural Transformation of the Public Sphere*, MIT, Boston, 1989.

<sup>(37)</sup> Entrevista a C. M. Perea.

## 2. Estadista

Hay una visión mucho más institucionalizadora, muchas de esas miradas se trataban de dirigir como a una mirada de estadista, no de personas que están en la oposición, a un margen del Estado, sino de personas que se sienten ya, de alguna manera, desde el Estado, viendo el proceso y eso creo que se refleja claramente en los trabajos del Instituto. (J. Zuluaga).

## 3. Terapeuta

Abordar la violencia hoy no es ocuparse meramente de una de las dimensiones de la sociedad colombiana. Su estudio compromete la globalidad de la sociedad... un diagnóstico sobre la violencia y una terapia acertada están cada vez más entrelazados a la formulación y a la capacidad de realización de proyectos alternativos de sociedad, de proyectos políticos<sup>38</sup>.

## 4. Alquimista

Hasta tanto nosotros no podamos coger la violencia y meterla en una multitud de dispositivos de la cultura capaces de producirnos una significación sobre esa experiencia colectiva, hasta tanto no hagamos un ejercicio de resimbolización de la muerte, nosotros vamos a estar necesariamente atrapados en esa experiencia colectiva, individual, difusa fragmentaria de la muerte. Es necesario en Colombia que reciclemos nuestra experiencia de violencia". (C. M. Perea).

## ATISBOS Y ENCRUCIJADAS

Últimamente se le ha reclamado al IEPRI su falta de contundencia en la producción de referentes acerca de la crisis política por la cual atraviesa la administración Samper. Es comprensible la dificultad que ello conlleva, en especial si lo que se reclama es una posición homogénea y de conjunto. No es éste el espacio para hacer enjuiciamientos rápidos acerca de la actitud del IEPRI, como unidad, frente a esta crisis, pero sí para resaltar lo que ésta devela sobre la intelectualidad colombiana. Sin lugar a dudas la intelectualidad, como muchísimas otras instituciones de la vida nacional, está siendo atravesada por crisis profundas cuyas múltiples facetas se hacen evidentes en coyunturas como la actual.

### Atisbos

Por lo menos cuatro rasgos generales sirven para apreciar los contornos de esta crisis. En primer lugar, el debilitamiento de la capacidad crítica como reflejo de la inexistencia de expresiones políticas viables y alternativas:

La intelectualidad crítica como tal se ha visto enormemente reducida. Yo pienso que quizás la explicación para ver esta debilidad hay que buscarla también por el otro lado, ahí hay un proceso como de doble vía, es decir, no hay oposición porque no hay fuerzas intelectuales, ideológicas que alimen-

---

<sup>(38)</sup> Gonzalo Sánchez, *Guerra y Política en la Sociedad colombiana*, Áncora, Bogotá, 199, p. 228.

ten un movimiento diferente y al mismo tiempo las fuerzas intelectuales son débiles porque no tienen movimientos sociales o políticos, en los cuales apoyarse<sup>(39)</sup>.

En segundo lugar, las afiliaciones del intelectual, fruto de sus fuertes vínculos con concepciones contestatarias de izquierda asumidas valerosamente durante los ochenta, se fragmentan a partir de la década de los noventa alimentando, de esta forma, la vulnerabilidad y fragilidad del intelectual:

Hay una crisis de pertenencia en los intelectuales, una crisis de afiliaciones de los intelectuales; en la medida en que hemos sido parte de todo ese proceso anterior, de haber estado metidos en militancias, de haberle apostado a mil cosas que de pronto fracasaron, y que a ratos como que se torcieron y que no hemos sido capaces de enderezar o que no se han enderezado por sí solas<sup>(40)</sup>.

En tercer lugar, la carencia de referentes políticos con los cuales afiliarse ha dado lugar a un creciente distanciamiento entre la producción intelectual y la sociedad:

Estamos en momentos en que no aparece una alternativa clara, en que no hay un grupo de oposición consolidado fuerte. Estamos en una crisis de liderazgo y no tenemos ni las conexiones con la clase política, ni las conexiones con la sociedad civil para poder asumir un papel de liderazgo. En

el contexto de una crisis de liderazgo los académicos no tenemos ni la información ni la formación suficiente para que podamos aportar a nuevos grupos de vida; esto hace que el trabajo de uno se quede en un nivel simplemente profético pero no de acción, yo diría que estamos muy débilmente insertos en procesos de acción pública, de acción política colectiva<sup>(41)</sup>.

Finalmente, según lo anotaba Gonzalo Sánchez en conversación personal, hoy también se percibe una crisis de liderazgo del mundo intelectual: las nuevas generaciones de intelectuales padecen de una doble tragedia, por un lado reclaman con indignación la pérdida de sentido crítico y de afiliación de sus maestros, pero por el otro lado, no logran consolidar un discurso alternativo que articule tanto los reclamos como las aspiraciones que ven perdidas en las generaciones anteriores.

## Encrucijadas

Los contornos anteriores tienen sus propios reflejos sobre la construcción de discursos académicos alrededor del tema de la violencia. En términos generales no se reconoce la crisis de representación por la cual está atravesando la investigación sobre violencia en el país. Los lenguajes que se utilizan y los relatos que se construyen han quedado

<sup>(39)</sup> Entrevista a G. Sánchez.

<sup>(40)</sup> Ibidem.

<sup>(41)</sup> Entrevista a A. Reyes.

cortos para la complejidad del tema. Por un lado, la crisis en la lógica y discurso de los “actores en conflicto” conduce a una crisis de representación en la producción intelectual en la medida en que ésta última ha privilegiado las miradas que identifican a estos actores como los sujetos por excelencia de los estudios sobre violencia colombiana. La fragmentación de estas lógicas y discursos lleva a que el intelectual, siguiendo lo anotado en conversación personal con Carlos Mario Perea, se enfrente a la encrucijada de entender que la escena pública ya no puede construirse por discursos y metanarrativas en las que se confrontan las posiciones de los actores en conflicto.

Por otro lado la objetivización de la violencia ha contribuido a borrar el rostro humano de la tragedia: “Lo más dramático de la crisis del intelectual colombiano que está estudiando la violencia es que no se ha dado cuenta de la importancia tan tenaz y tan profunda de cambiar una forma de representación y de tratar de acercarse al sufrimiento, y resulta que lo más ilustrativo que uno ve ahora sobre violencia está en el teatro y en el arte”<sup>42</sup>.



### MEMORIA Y NARRACIÓN

Esta sección parte del reconocimiento de los estudios de violencia como un

conjunto de narraciones que al reconstruir realidades pasadas o presentes afectan la construcción de imaginarios y memorias colectivas. Estas narraciones, como cualesquiera otras, tienen efectos tanto en la forma en que se articula el presente, la manera en que se reconstruye el pasado y por supuesto, las posibilidades que se abren o cierran para el futuro. Por un lado las narrativas construyen, articulan o recrean imaginarios mediante la puesta en circulación de relatos que se configuran como referentes interpretativos de acontecimientos colectivos. Por otro lado, las narrativas reconstruyen la memoria de los eventos –la cual es, por su misma naturaleza, frágil y volátil– a través de una memoria discursiva que recompone, ordena y resignifica lo acontecido.

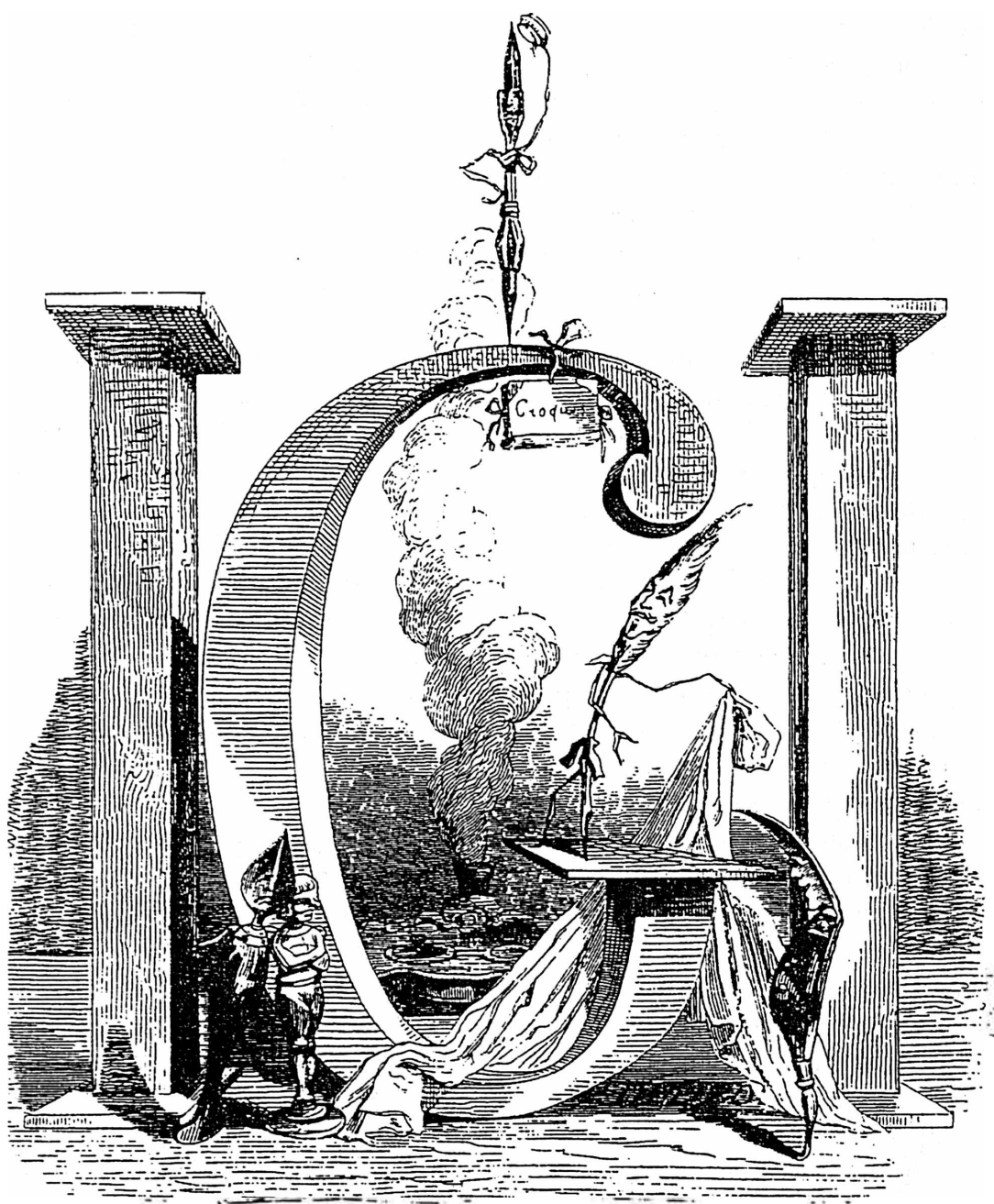
Son justamente estos efectos los que urgen explorar el tipo de narraciones que se han construido sobre la violencia en Colombia, y en especial su incidencia tanto en la construcción de referentes colectivos, como en la construcción de memoria y olvidos.

#### Reconstrucción narrativa de la realidad

Los acontecimientos dan lugar a la construcción y/o invención de historias, cuentos y relatos que terminan por configurarse como intentos de reconstrucción narrativa de la realidad. ¿Cómo han sido esos intentos en el caso de los estudios de violencia?

<sup>(42)</sup> Entrevista a María Victoria Uribe, ICAN.

# el rincón de la engogamia



*"Le crayon, la plume et le canif". Grandville. 1844*

La gente elabora historias a partir de acontecimientos... y en lo que a la literatura de la violencia respecta, las historias se han convertido en un fin en sí mismas, prácticamente se estudian como el folclore, y tanto el folclore como su estudio es conservador, no revolucionario<sup>65</sup>.

Me parece acertada la visión de Deas sobre los estudios de violencia, quizás sería útil para otra ocasión empujar la aseveración un poco más mediante la precisión del tratamiento del folclore en la antropología y las inmensas similitudes que se descubren

entre éste y los estudios de violencia en Colombia.

La apreciación anterior de por sí sugiere un problema de perspectiva que se complejiza todavía más si se considera la inmensa visibilidad que tiene el IEPRI dentro del panorama nacional<sup>44</sup>. Sin duda, las narraciones que el IEPRI produce ocupan un lugar predominante, entre otras por el merecido prestigio que el Instituto se ha ganado durante los años, y que en gran medida ha contribuido a consolidar una metanarrativa sobre la violencia en Colombia. Esta consolidación se ha profundizado con el tiempo ya que no han surgido con suficiente fuerza contranarrativas que la enfrenten o la relativicen.

Quizás es acertado decir que en el 95, y en especial a partir de la publicación de los libros de Bejarano<sup>45</sup> y de Deas y Gaitán<sup>46</sup>, se empieza a vislumbrar la aparición de una contranarrativa dentro de círculos de poder y de tomas de decisiones que tiene la fuerza necesaria para desplazar la anterior. Pero este desplazamiento tendría efectos todavía más nocivos, ya que al desbordarse en retóricas tecnocráticas e instrumentalistas se exagera la ya existente disociación entre los estudios sobre violencia y la sociedad.

Sobre estos nuevos relatos Armando Montenegro escribe desde la dirección de Planeación Nacional:

La importancia del trabajo de Gaitán es evidente porque facilita la discusión pública al presentar datos y cifras sobre la evolución de la violencia en Colombia y permite comenzar un proceso de contraste entre las teorías corrientes y los resultados observados en las distintas áreas del país<sup>47</sup>.

Está pues en juego una competencia sobre la producción de referentes narrativos sobre la violencia en Colombia, y con ello también la reconfiguración de una memoria colectiva que articula no solamente los acontecimientos pasados y presentes, sino también la posibilidad de construir futuros.

#### **Construcción de memoria y de olvidos**

Es indudable el vínculo que se establece entre poder y narración, al igual que lo es la utilización de la memoria como instrumento de poder. Como lo anota Osiel:

Cuando una sociedad sufre un trauma a gran escala sus miembros buscan reconstruir sus instituciones bajo las bases de un entendimiento compartido de qué fue lo que pasó. Para ese fin se realizan encuestas, se

---

<sup>(45)</sup> Malcolm Deas y Fernando Gaitán, op. cit., 1995, p. 83-84.

<sup>(44)</sup> Véase Gonzalo Sánchez, *Memorias. IEPRI 1986-1996*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Edición 1996.

<sup>(45)</sup> Op. cit.

<sup>(46)</sup> Op. cit.

<sup>(47)</sup> Armando Montenegro, op. cit. p. (xviii).

# el rincón de la engogamia

escriben monografías, se componen memorias, se legisla. Pero sobre todo se cuentan relatos<sup>481</sup>.

Y son justamente esos relatos, compuestos en la heterogeneidad tanto de lo institucional como de lo marginal, los que los estudios sobre violencia no sólo olvidan sino que también excluyen como fuentes para la construcción de una memoria colectiva. El punto que quiero resaltar aquí es el tipo de memoria discursiva que se está produciendo en las narraciones sobre violencia. Por un lado, las tendencias hacia análisis instrumentalistas, al reducir la violencia a fenómenos compuestos por un conjunto de variables dependientes e independientes que pueden visualizarse mediante proyecciones, tecnifican tanto el fenómeno que quizás aniquilan incluso la posibilidad de recomponer la memoria misma de esos eventos. Por el otro lado, los estudios ligados a la lógica de los "actores en conflicto" privilegian la recomposición de memorias simuladas en la medida en que insisten en construir relatos sobre las lógicas y discursos de sujetos colectivos, sin dar fe de la profunda implosión, fraccionamiento y agotamiento de estos mismos.

## VISIONES CONGELADAS

Paradójicamente la multiplicidad de posiciones dentro del Instituto no ha dado lugar a una diversidad en la di-

rección de las miradas con que se han visto las violencias, de manera que ello también ha impulsado la constitución de una metanarrativa sobre la violencia, y no una consolidación más balanceada de discursos en sana competencia. Y ello es todavía más preocupante si se tiene en cuenta que el IEPRI tiene que soportar, por lo menos así ha sido hasta el momento, la abrumadora carga y responsabilidad de ser el productor de discursos sobre la violencia con mayor visibilidad en el país.

## Trastiendas

No es sorprendente que en un primer momento se ubiquen los estudios sobre violencia tanto en las márgenes como en lo paraestatal o paralegal, lo que sí sorprende es que después de diez años éstos sigan ejerciendo un poder de seducción tan férreo. Las miradas se congelan en las trastiendas de la institucionalidad y algunas veces se argumenta que es que a través de esas trastiendas también podemos ver la intrincada maraña que forman las visiones, prácticas y discursos de las primeras. No creo mucho en esta argumentación. Los estudios de la violencia, así como lo ha hecho la antropología durante la mayor parte de su existencia, han caído en la fascinación del otro y parece que en esa fascinación se han perdido. Lo otro es una construcción que sólo tiene sentido a

<sup>481</sup> Mark J. Osiel, "Ever Again: Legal Remembrance of Administrative Massacre", en *University of Pennsylvania Law Review*, Vol. 144, No. 2, diciembre 1995.

través de una construcción del Yo, pero cuando las miradas se congelan en lo otro se cae inmediatamente o bien en la satanización del Yo, o bien en su invisibilización. El efecto de ello es complicado ya que se termina reificando la trastienda como el lugar común a donde a donde deben dirigir su mirada los estudios sobre violencia. Bajo esta perspectiva creo que es ilustrativa la apreciación de Deas:

La historia oral en Colombia es sofisticada en más de una manera. Se ha convertido en algo así como el género local por antonomasia, pero sus practicantes son muy selectivos en las preguntas que formulan y a quién se las dirigen. Suelen inclinarse por interrogar antes a liberales, comunistas y guerrilleros que a conservadores, miembros de las Fuerzas Armadas o funcionarios del gobierno, a quienes, por lo tanto, suele satanizarse o por lo menos se los despoja de diversidad y personalidad<sup>149</sup>.

### Ausencias

Esta curiosa fijación, como ya se insinúa más arriba, crea unos mundos paralelos, de amplio espectro, de sombras que no se ven. Por un lado las representaciones que se construyen sobre el otro desde las élites, o desde los discursos institucionalizados o hegemónicos, son o menospreciadas o percibidas como homogéneas y estáticas. No existe una aproximación sistemática que explore el tema de la violencia a través de las instituciones del Estado o

de las élites, que explore la polisemia del término dentro de la heterogeneidad institucional y sus efectos sobre las realidades políticas y sociales, que explore los mecanismos de propagación, formal o informal, de discursos y entenderes que limitan qué se entiende por violencia y/o por paz y qué no.

Por el otro lado, y aquí literalmente me refiero al otro lado, el acercamiento hacia ese otro marginal, paralegal o paraestatal, en el cual parecen haberse fosilizado los estudios sobre la violencia, se hace desde un punto fijo, legitimado ya sea por un bagaje conceptual o un lenguaje especializado, que borra en sí mismo las experiencias de la tragedia humana que están en el corazón mismo de cualquiera de las violencias que nos cruzan. Los estudios ahogan las voces, experiencias y memorias propias de aquellos para los cuales la violencia es una realidad cotidiana vivida.

La urgencia en volver los ojos hacia estos mundos relegados a las sombras -el institucional y el de las víctimas- no está dada por la vacuidad de que allí podremos encontrar riquezas que estimulen discusiones teóricas, sino más bien porque en estas sombras también se producen historias, también se producen memorias que de una u otra forma inciden sobre la construcción de realidades. Como bien lo dice Watson, haciendo alusión a historias invisibilizadas y su efecto en

---

<sup>149</sup> Malcolm Deas y Fernando Gaitán, op. cit., p. 50.

la construcción de nuevas naciones a partir del resquebrajamiento de Europa oriental:

Examinamos cómo pequeños actos, públicos o privados, de recuerdos no vetados mantuvieron vivas memorias e historias que produjeron y que fueron producidas por este mundo de sombras. Nuestro examen de memoria e historias secretas adquiere una mayor significancia al considerar que muchos de estos recuerdos vedados son ahora la sustancia que crea nuevas historias y nuevos Estados<sup>30</sup>.

## PLIEGUES

Creo que es clara la urgencia de romper con la metanarrativa consolidada, al igual que creo que es claro el impasse al que se enfrentan hoy en día los estudiosos sobre la violencia. En cualquier cruce de caminos es necesario poder parar y evaluar hacia dónde es conveniente dirigirse: ¿Hacia una progresiva profundización de los vínculos entre producción intelectual y demandas políticas coyunturales? ¿Hacia la producción de contra-narrativas que abran espacios para la creación de nuevos lenguajes, nuevos relatos y nuevas formas de representación? ¿Qué implicaciones tiene cada opción en la producción de referentes sobre violencia y en la configuración de memorias colectivas?

Como lo anotaba al inicio del escrito, mi propio sesgo es el de tratar de

visibilizar los desbalances y los riesgos que éstos conllevan, y con ello abogar por la necesidad inaplazable de abrirse a un espectro más amplio de perspectivas políticas e interpretativas.

## RUINAS: “¿Un solo paisaje?”

Creo que la profundización del desbalance existente entre la crítica y la experticia redundaría en la fosilización de una sola visión sobre la violencia, corriéndose así el riesgo de disparar la tendencia creciente a identificarse con las narrativas emergentes dentro de los círculos de toma de decisión. Preguntas tan relevantes como el rol del intelectual colombiano frente a la realidad nacional y su función como productor de referentes o como creador / recreador de memoria, quedarían o bien olvidadas o bien relegadas a un segundo plano, y con ellas muy posiblemente anulada la capacidad y versatilidad para poder responder a la profunda complejidad, descentramiento y diseminación de las violencias colombianas.

## ESPERANZAS:

“... y lo lejano vuelve a ser próximo”

El regreso hacia un punto más equilibrado entre la crítica y la experticia impulsaría tanto la necesidad de construir y consolidar contra-narrativas que retomen los mundos hasta ahora mantenidos en las sombras, como la

<sup>30</sup> Rubie S. Watson, (ed.) *Memory, History and Opposition under State Socialism*, NM: School of American Research, Santa Fe, p. 4.

redefinición del intelectual como “activista circunstancial”, interesado o bien en buscar y fomentar visibilizaciones que potencien las capacidades progresistas existentes dentro de la diversidad y heterogeneidad del Estado, o bien en visibilizar el sufrimiento de las víctimas a través de la articulación de éste a lenguajes por un lado, inteligibles para los círculos de poder, y por otro, que renueven o redimensionen el posicionamiento y visibilidad política de las víctimas.

En ambos casos se estaría asumiendo conscientemente el inmenso compromiso que conlleva el producir y poner a circular representaciones sobre la violencia en períodos en que la vida se ha convertido en un bien transable y devaluado, y el sufrimiento humano en un testigo mudo y anodino de nuestra propia tragedia. Creo profundamente en la urgencia de explorar estos caminos, no porque puedan ser

“retos teóricos interesantes” que le den un segundo aire a los estudios sobre violencia, sino porque son posicionamientos políticos que se nos exige asumir en un contexto tan hondamente convulsionado como el que nos ha tocado vivir. No resta más que invitarlos a ver y escribir este país también desde otros lugares.

#### ENTREVISTAS

- CAMACHO, Alvaro. IEPRI
- GÓMEZ, Juan Gabriel. IEPRI
- GONZÁLEZ, Fernán. CINEP
- OROZCO, Iván. IEPRI
- PEREA, Carlos Mario. IEPRI
- PIZARRO, Eduardo. IEPRI
- RAMÍREZ, William. IEPRI
- REYES, Alejandro. IEPRI
- SÁNCHEZ, Gonzalo. IEPRI
- URIBE, María Victoria. ICAN
- ZULUAGA, Jaime. IEPRI